

DOS CUENTOS

JOSÉ DE JESÚS MONTOYA BRIONES

PRELIMINAR

Los dos cuentos que aquí se presentan fueron recogidos en Atla, pueblo náhuatl sito dentro del municipio de Pahuatlán, en la porción norte de la Sierra de Puebla.¹

El informante fue el señor Lorenzo Domínguez, quien los narró en español, pero que afirma haberlos escuchado originalmente en náhuatl, de parte de los más ancianos del lugar.

Aunque los cuentos no muestran un fondo precisamente indígena (religioso o mítico) presentan interés por los motivos comunes que llevan en su estructura, por la función social que desempeñan, y porque son un buen índice del proceso de aculturación y de los cambios en las estructuras social y cultural que se acentúan desde hace algunos años en Atla.

En cuanto a lo primero, es bien conocido por los folkloristas el motivo de narración del ciego u otro inválido que es abandonado en el monte por representar una carga familiar; el que una vez trepado en el árbol para pasar la noche, lleguen, precisamente a las doce, un grupo de maleantes y le den la clave de su próxima fortuna; el de los números esotéricos (frotarse los ojos siete veces con siete bellotas); el del muchacho que se disfraza (de cura y arriero en nuestro cuento de "Juan de la Vaca") para recuperar la vaca que le habían robado, y además —como sólo ocurre en los cuentos— cobrándose un peso por cada uno de los pelos de su vaca, etc.

Por cuanto a la función, debido a que los cuentos son narrados por los padres, preferentemente a los niños, representan un complemento de la educación familiar, y señalan por ello las cualidades morales que se deben ostentar, así

¹ Para mayores detalles sobre el lugar, véase del autor la monografía intitulada *Atla, Etnografía de un Pueblo Náhuatl*, Departamento de Investigaciones Antropológicas del INAH, No. 14. México, 1964.

como los hábitos que puedan ser negativos para el individuo en su vida y relaciones sociales. Así por ejemplo, el cuento del ciego señala en su moraleja el valor de la fraternidad y la compensación o retribución que existe para aquel que la practica,² y el de Juan de la Vaca señala la nocividad que encierra la práctica de un valor negativo, el robo, a pesar de que en el cuento se complica un tanto la situación, ya que el que resulta despojado —de su vaca— a la postre recupera de los ladrones más de lo que había perdido, razón por la cual la moraleja puede ser más bien esa que dice: “el que despoja a un ladrón tiene cien años de perdón”.

Por último, en cuanto a la aculturación, como se ha mencionado, no se trata de cuentos con un contenido indígena fuerte (lo comprueban la insistente presencia del cura en los dos cuentos, los arrieros y “heteros”, la pandilla de maleantes, la barreta³ con la que escarbó el que fuera ciego, etc.), pero es interesante su arraigo en una comunidad que presenta un índice alto de monolingüismo y que por otro lado, posee aspectos culturales de fuerte tradicionalidad y conservadurismo, tales como el complejo de la brujería y la creencia en nahuales, tlauhepoches y otro tipo de entidades sobrenaturales.

CUENTO DEL “POPÓYOTL”

Hace mucho tiempo vivía un ciego en compañía de su hermano. El hermano comenzó a renegar de él y a cansarse de mantenerlo.

Estuvo pensando en el mejor modo de librarse de su presencia y decidió abandonarlo en el monte, por lo que una tarde le dijo a su ciego hermano: “mañana iremos al monte por un poco de leña”.

Al día siguiente salieron muy de mañana.

Después de mucho caminar y de haberse internado suficiente en el bosque, el hermano le dijo al ciego: “¡ay! hermano mío, ya hemos caminado mucho, espérame aquí mientras voy a cortar la leña; siéntate a descansar”.

El ciego se sentó a descansar, pero pasaba el tiempo y el hermano no regresaba. Oscureció y empezó a entrar la noche. Entonces el ciego pensó que debía buscarse un árbol en donde pudiera pasar la noche sin peligro; encontró un encino grande y trepó a él.

Como a las doce de la noche comenzó a oír un tropel. Poco después llegó un hombre a caballo y descendió. Breve tiempo más tarde llegó otro jinete, y después otro, y otro más.

Uno de estos hombres observó: “alguien está por ahí espiándonos”. Pero el jefe contestó: “no se preocupen, se trata de un pobre ciego que han abandonado a su suerte”.

² A este respecto es interesante poner de relieve la firme creencia —principalmente de parte de los ancianos— de que, como dice el cuento, “todo lo que se hace en esta vida aquí se paga”, puesto que el alma de los buenos, se dice, vuelve a encarnar en un humano, en tanto que el alma de los malos reencarna en un animal (un cerdo, una mula, etc.).

³ La barreta es el instrumento metálico, delgado y puntiagudo, que se utiliza en la plantación de la caña.

En seguida el jefe de la pandilla empezó a interrogar a sus hombres: "¿qué has hecho tú?", les preguntaba. Uno de ellos contestó: "yo estoy matando al cura, le metí dos sapos en donde duerme". Otro respondió: "yo hice una jugada; junté y desvié los túneles de unos manantiales, y un pueblo se está muriendo de sed; escondí el agua debajo de una gran piedra que se encuentra en medio del pueblo".

Siguen llegando más hombres, y alguno de ellos vuelve a preguntar: "creo que ahí está alguien espíándonos". El jefe volvió a responder: "es un ciego, déjalo". Entonces comentó uno de los hombres: "eso se cura fácilmente: se cortan siete bellotas y se limpian los ojos siete veces con ellas".

Al día siguiente, muy temprano, el ciego bajó y cortó las siete bellotas e hizo lo que había escuchado la noche anterior de boca del maleante. Fue grande su sorpresa cuando muy pronto sanó y comenzó a ver bien. Una vez curado de su vista se fue caminando en dirección al canto del gallo.

Llegó a un pueblo, llamó a una casa y pidió un jarro de agua. Entonces le dijeron: "no hay agua, nos estamos muriendo de sed". El que fuera ciego le dijo: "yo soy adivino, denme trabajo y les conseguiré agua". Cuando el pueblo se enteró, la gente exclamaba: "¡qué bueno!"

Empezó a buscar por todo el pueblo y preguntó por la piedra más grande del lugar. Cuando localizó la piedra comenzó a escarbar a su alrededor con una barreta, y de repente salió el agua con gran fuerza. Todo el pueblo se puso muy contento al presenciar la hazaña del ciego, agradeciéndoselo mucho.

Como muestra de gratitud le regalaron dinero, le construyeron su casa y hasta mujer le consiguieron.

Quince días después, una vez que el cura se enteró de los prodigios del adivino, acudió a él en busca de salud. El que antes fuera ciego le dijo: "debajo de su cama están dos sapos". El cura regresó a su casa y fue en seguida a buscar en su cama lo que le había dicho el adivino; sorprendióse al encontrar dos gordos sapos que estaban así por la sangre que ya le habían chupado.

El cura le compensó con mucho dinero.

Cuando el otro hermano se enteró de que su hermano ya no estaba ciego, fue a buscarle y le preguntó el modo como le había hecho para curarse de la vista.

El hermano, como no era envidioso, le contó la forma en que lo había conseguido, y la forma en que había obtenido su fortuna.

Entonces el otro hermano, sabedor del secreto, se dirigió al monte, buscó el encino y trató de hacer lo mismo que el ciego.

En la noche empezaron a llegar nuevamente los jinetes y a amarrar sus bestias en el propio encino. Pero esta vez comentaron: "vamos a ver quién está ahí; el otro día este mismo individuo nos hizo dos malas jugadas".

Encontraron al hermano del ciego, lo hicieron bajar, y lo descuartizaron.

Una vez que el que antes fuera ciego se enteró de la muerte de su hermano, comentó para sí: "todo lo que se hace en esta vida aquí se paga". "Yo no fui el culpable". "El culpable fue mi hermano..."

CUENTO DE "JUAN DE LA VACA"

En un día de plaza se encontraron dos compadres, uno de los cuales obsequió a su ahijado con una vaca. El ahijado se llamaba Juan, y desde esta ocasión, "Juan de la Vaca".

El padre de Juan le dijo que llevara la vaca a su casa, pero le advirtió: "ten mucho cuidado, porque por esa vereda hay asaltantes y te pueden robar la vaca".

Al internarse en la vereda, Juan se descuidó y le robaron la vaca.

Cuando llegó a su casa el padre le preguntó lo que había hecho con la vaca. Juan le contestó: "vendí cada uno de sus pelos en un peso". El papá no le creyó: "cómo voy a creerlo", le decía.

A los quince días de este suceso, Juan regresó al lugar en donde le habían robado la vaca, pero esta vez disfrazado de cura, a caballo, y con un mozo que lo guiaba.

Poco después se encontró con los bandidos, quienes le preguntaron qué hacía y hacia dónde se dirigía. Juan les contestó que era cura y que se dirigía a confesar a un anciano enfermo. Entonces los bandidos le dijeron que el anciano era padre de ellos y que por eso lo guiarían hasta donde éste se encontraba.

En el camino Juan preguntó a sus guías que cuál era su oficio. Estos contestaron: "somos bandidos". Juan repuso: "para que Dios los perdone, tienen que confesarme todas sus culpas". Los bandidos contestaron a su vez: "robamos mantas, ropa, dinero, vacas, mercancías", "todo lo que podemos".

Llegaron por fin a la cueva de un cerro, que era la guarida de los asaltantes, y en la que se encontraba el enfermo. Juan les dijo a los hijos de aquél que se fueran lejos mientras confesaba a su padre.

Una vez que el anciano hubo confesado todo lo que habían robado, Juan y su mozo golpearon y amarraron al papá de los bandidos, y se llevaron los dos caballos cargados de dinero.

Cuando regresaron los hijos del anciano, éste les dijo que quien los había confesado no era cura, sino que era Juan de la Vaca, y que le había advertido que se cobraría un peso por cada pelo de su vaca robada.

Quince días más tarde Juan de la Vaca pidió prestadas doce mulas, contrató dos arrieros y regresó nuevamente al lugar en donde le habían robado su vaca.

Poco tiempo después se encontró a los hijos del bandido anciano, quienes le preguntaron una vez más a qué se dedicaba y a dónde iba. Juan les contestó: "soy arriero y fletero". Los bandidos le dijeron: "queremos que nos cambie nuestras cosas del lugar en donde habitamos". Juan les dijo que sí.

Mientras cargaban las doce mulas, Juan les dijo a los bandidos: "adelántense con su papá mientras yo hago la carga". Así lo hicieron tres de los hermanos, mientras dos se quedaron ayudando a Juan y a sus arrieros.

Entonces los arrieros y Juan amarraron y golpearon a los bandidos, y se llevaron las doce mulas cargadas con el dinero y con las cosas robadas.

Así fue como Juan cumplió su promesa de cobrarse un peso por cada pelo de su vaca.